

Dentro del tiempo de Pascua, ocupa hoy la atención de la Iglesia un acontecimiento de la vida de Cristo: su ascensión al cielo. Tal y como nos refiere el libro de los Hechos en la primera lectura, Jesús, cuarenta días después de su resurrección, subió al cielo. Hasta no hace muchos años, siguiendo una tradición multiseccular, se celebraba la ascensión el jueves anterior, respetando la cronología exacta. Sin embargo, al perderse la festividad civil de ese jueves y, por tanto, su precepto, se trasladó al domingo para que todos los cristianos pudieran celebrar este misterio de la vida de Cristo que, dada su importancia, aparece en el Credo. Este hecho no debe hacer que se convierta en un domingo más dentro del tiempo pascual. Ahora bien, recordemos que está ligado a la Pascua, esto es, que no se trata de un acontecimiento separado y autónomo.

La liturgia de hoy nos ofrece algunas particularidades como el recuerdo de la fiesta dentro de la plegaria eucarística y su prefacio propio. Además convendría emplear la plegaria primera o tercera porque ambas mencionan en la anámnesis la ascensión del Señor.

### \* GLORIFICACIÓN DE CRISTO

El misterio de la ascensión, más allá de su literalidad (Jesús asciende al cielo y se sienta a la derecha del Padre), nos remite a la exaltación del Hijo de Dios. La gloria velada de Jesucristo bajo rasgos de una humanidad ordinaria que encontramos en sus apariciones, entra en el dominio celeste desplegando toda su potencialidad. Jesús ha sido constituido Señor, participando en el poder y la autoridad del mismo Dios.

Así lo expresará san Pablo en la segunda lectura: «sentándolo [a Jesús] a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido, no sólo en este mundo, sino en el futuro». También el prefacio I de la ascensión expresa sintéticamente esta idea: «Jesús, el Señor, el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo como mediador entre Dios y los hombres, como juez de vivos y muertos». Igualmente aparece en el recuerdo propio de las plegarias eucarísticas II y III: «Cristo ha sido constituido Señor del cielo y de la tierra».

## \* GLORIFICACIÓN DE LA HUMANIDAD

La ascensión es además el inicio de la glorificación de la humanidad. Porque en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ha sido exaltada la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios. De modo que la ascensión nos manifiesta «cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros» (segunda lectura).

Será en la eucología donde encontremos recogida esta idea: «en quien nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida que participa de tu misma gloria» (oración después de la comunión); «fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad» (prefacio II de la ascensión); «habiendo tomado nuestra débil condición humana, la exaltó a la derecha de tu gloria» (recuerdo propio del canon romano).

También aparecerá expresada metafóricamente, empleando la imagen paulina del cuerpo donde Cristo es la cabeza: «donde nos ha precedido él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo» (oración colecta); «ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino» (prefacio I de la ascensión).

## \* ID Y HACED DISCÍPULOS DE TODOS LOS PUEBLOS

Tal y como nos narra el evangelio de san Mateo que hoy leemos, Jesús, antes de ascender al cielo, envía a sus discípulos a evangelizar a todos los pueblos: «Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado».

La misión es un punto clave de la vida del cristiano. Somos testigos del Resucitado. Jesús así se lo pide a sus discípulos: «Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo». De modo que debemos anunciarlo a todos los pueblos. Ser cristiano no es solamente tener una amistad íntima con Jesús. «¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» les dijeron dos ángeles a los discípulos tras la ascensión. Ser cristiano es también ser enviado.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI